



Luis Coloma

Las tres perlas **(Leyenda imitada del alemán)**

Había en un pueblecillo de Sigmaringa un matrimonio, feliz en su pobreza, que amaba a Dios practicando sus mandamientos. Acercábase el día de Navidad, y Groetchen y Hans Wit, que estos eran sus nombres, quisieron festejar a su hija Zela con un primoroso árbol de Pascua: contaba la niña tres años, y era el único fruto con que había bendecido Dios la unión de aquel feliz matrimonio.

En la tarde del 24 de Diciembre salió Hans Wit al bosque, a cortar la rama de abeto en que habían de colgarse con lazos, flores y luces, los juguetes que enviaba a Zela el Niño Jesús, en la noche de su nacimiento. Había caído una fuerte nevada, y [92] caminos y veredas desaparecían bajo una espesa capa de nieve, que cubría toda la campiña como un blanco sudario.

Hans Wit caminaba rápidamente, sonriendo al pensar en la sorpresa que a su querida Zela preparaba; mas de repente resbala su pie en una roca del camino, y cae rodando en un despeñadero, por cuyo fondo corría un torrente. Tres aldeanos que le vieron caer se precipitaron en su auxilio, pero ya era tarde; y la furia de las aguas, aumentada por una terrible avenida, arrastró el cuerpo del desgraciado, que pronunciaba a gritos el nombre de Jesús, y se abrazaba con la rama de abeto como con el último recuerdo de su hija.

Mientras tanto, inquieta Groetchen por la tardanza de su esposo,

había hecho acostar a Zela, prometiéndole que una hora antes de las doce la despertaría, para recibir los regalos del divino Niño. Dormía ya Zela, sonriendo entre sueños al Niño Jesús, que con tanta impaciencia esperaba, cuando el señor cura y algunos parientes de Hans Wit anunciaron a Groetchen la terrible desgracia. La pobre madre cayó de rodillas junto a la cuna en que reposaba su hija, tan ajena de que iba a despertar huérfana. Las lágrimas de [93] Groetchen caían silenciosamente sobre el rostro de la niña: esta triste impresión hizo a Zela abrir los ojos. Levantó entonces la cabecita, y preguntó sonriendo a su madre:

-¿Es ya Nochebuena?...

-¡Nochemala, hija mía, nochemala! -respondió amargamente la madre.

La sonrisa desapareció del rostro de la niña como un relámpago: fijó los ojos por largo tiempo en el semblante de su madre, y apartando la mano de ésta que le presentaba algunas grotescas figuritas de barro, que debieron de adornar el árbol de Pascua, dijo secamente:

-No quiero...

Luego escondió el rostro en el seno de su madre, y rompió a llorar, no con ese llanto estrepitoso de la infancia, sino con aquel otro llanto callado de la edad madura, que hace surcos en las mejillas... ¡Su tierno corazón había adivinado que era ya huérfana!...

Con la muerte de Hans Wit huyó para siempre la felicidad del hogar de Groetchen. El dolor minaba lentamente la salud de ésta, y falta de fuerzas para trabajar, veía desaparecer poco a poco sus pobres ahorros. Cuando flaca y macilenta se dirigía al mercado de [94] la aldea en busca de un sustento menos que miserable, solían decir las vecinas.

-¡Poca vida le queda a Groetchen!... ¿Qué será entonces de la pobre Zela?...

Ésta se había desarrollado física y moralmente, y endulzaba con su cariño las penas de su madre. Ocupaba en la escuela el primer puesto, y el día del santo de Groetchen le presentó ruborizada y con los ojos bajos, una primorosa randa y unos calcetines de lana, obra de sus manos.

Dos gruesas lágrimas se escaparon de los ojos de la pobre viuda: estrechó contra su pecho la cabeza de la niña, y le dijo al oído:

-Dios bendiga tu trabajo, hija mía; pero no olvides nunca que la verdadera sabiduría está en amar a Dios, y que el mejor trabajo es el que la virtud santifica.

Zela guardaba en su corazón las palabras de su madre, e imitando sus ejemplos, crecía en virtud al mismo tiempo que en hermosura. Era su belleza grave y severa; sonrosado el color y rubios los cabellos; la medida y modestia de su rostro parecía más que humana, y sus grandes ojos azules parecían tener algo del cielo, además del color y de la pureza.

[95]

Acercábase ya el tiempo en que Zela había de recibir por primera vez la sagrada Comunión. La víspera de aquel gran día Zela acudió a la iglesia con sus compañeras, para oír de boca del señor cura las últimas instrucciones y recibir a sus pies el Sacramento de la Penitencia.

Todas aquellas niñas, hijas de labradores acomodados, preparaban para el siguiente día un cinturón azul y un vestido blanco; sólo la pobre Zela había de llevar sus piececitos descalzos, y no podía sustituir con otro su negro y remendado traje de huérfana. La pobre niña sintió que una sombra

de tristeza se deslizaba entre los santos pensamientos que embargaban su corazón, como se desliza una serpiente venenosa entre las flores de un prado. Volvió asustada a la Virgen, y con las manitas cruzadas le pidió su auxilio.

Aquella noche al acostarse dijo a su madre:

-¡Qué mala soy, mamá!... Esta tarde deseaba en la iglesia ir a comulgar mañana con un vestido blanco, como las demás niñas...

Groetchen le respondió tristemente:

-Desear un vestido blanco no es malo, hija mía... Envidiarlo y entristecerse porque las demás lo tienen, sí sería un pecado. [96]

-Yo estoy alegre -replicó Zela, fijando en Groetchen su pura mirada.- ¡Pero es tan bonito un vestido blanco y un cinturón celeste!...

-No te avergüences de ser pobre, hija mía -dijo la madre besándola en la frente.- ¿No ves que el Niño Jesús lleva como tú los piecitos descalzos?... Su túnica es morada, y, sólo lleva por cinturón una cuerda de esparto...

Zela rezó por el alma de su padre, y se durmió tranquila con sus manos entre las manos de su madre. Ésta permaneció largo tiempo velando su sueño, y le oyó murmurar sonriendo dulcemente:

-También el Niño Jesús lleva los piecitos descalzos... Su vestido es morado, y está como el mío, lleno de remiendos...

Poco a poco le pareció a la niña que la transportaban en sueños al pie de un viejo manzano que crecía a la espalda de la casa. Hallábase recostado en el tronco un hermoso Niño, más bello que los ángeles; su túnica blanca esparcía un resplandor vivísimo, que sin ofender la vista la deleitaba, y la fragancia de su aliento era más suave que la brisa de un campo de violetas. En sus pies y manos [97] se veían señales de llagas, y pendía de su cuello un collar de oro puro, con tres perlas que parecían haber robado sus colores al mismo arco iris; era la una verde como la primera yerba; roja la otra como un rubí encendido, y azul la tercera como el cielo en día despejado.

Zela buscó la manzana más hermosa que había en el árbol, y la presentó de rodillas al Niño. Colocó éste la mano sobre la cabeza de la huérfana, como para bendecirla, y tomó sonriendo la manzana que le ofrecía. Zela sintió al contacto de aquella mano herida, que todo su ser se transformaba en el ser de aquel Niño divino; vio trocarse su harapiento vestido en una túnica blanca como la nieve, y vio brillar sobre su pecho un collar de tres perlas, en todo semejante al que adornaba el cuello del Niño. Al mismo tiempo resonaron en el aire los acentos de una voz dulce como las notas de un arpa, que cantaba:

El vestido

del alma justa
es la Fe, Esperanza y Caridad.

Zela sintió en su corazón una delicia desconocida, y despertó violentamente en su cunita de pajas; a sus pies dormía la pobre [98] Groetchen, con la cabeza reclinada en el vestido remendado de la niña. El crepúsculo de la mañana alumbraba suavemente la estancia, y las campanas de la iglesia anunciaban ya la alegre fiesta, haciendo resonar en lo alto las alabanzas del Señor.

Zela notó asustada que una palidez cadavérica cubría las facciones de su madre, y que su respiración se asemejaba a un gemido. Sacudiola por un brazo, mientras decía con angustia:

-¡Madre!... ¡Madre!... ¿Qué tienes?

-Nada, nada -replicó ésta despertando sobresaltada.- Vamos a la iglesia, que ya las campanas nos llaman.

Y procurando levantarse, volvió a caer pesadamente en la camita de su hija.

-¿Estás mala, mamá?-exclamó Zela arrodillándose a su lado... Quédate aquí y no salgas... Yo iré sola a la iglesia, y cuando venga a mí el Niño Jesús le diré que te ponga buena.

Y al decir esto, la pobre Zela lloraba amargamente.

-¡No es nada, hija mía! -dijo Groetchen, levantándose al fin; vamos a la iglesia, que no quiero privarme de la mayor dicha de mi vida. [99]

Y apoyándose la una en la otra, se dirigieron ambas al templo. Era éste humilde y modesto como los habitantes de Sigmaringen: un sencillo altar se elevaba en medio, sirviendo de trono a la imagen de María: rodeábanla por todas partes guirnaldas y ramos de flores, y seis hachas de cera se consumían ante el Santísimo Sacramento, como se consumen ante Dios las almas que de veras le aman.

Las niñas que habían de comulgar hallábanse enfiladas a lo largo del presbiterio, luciendo todas vestidos blancos y cinturones celestes. Zela se adelantó con sus piecitos descalzos y su vestido remendado, a tomar puesto entre ellas. Sus ojos bajos y sus manos cruzadas sobre el pecho le daban el aspecto de un ser celeste.

Llegó al fin el momento solemne: el órgano dejó oír los acordes del Pange lingua, y las nubes de incienso se elevaron, como si indicasen a la oración de las niñas el camino del cielo. Zela se adelantó también para recibir a Jesucristo, y todos vieron entonces compadecidos, sus pies descalzos y su vestido negro.

Groetchen, orando fervorosamente, la seguía [100] con la vista; de repente los ojos de la pobre viuda se dilataron como para ver mejor, y se llevó ambas manos al corazón como si refluyese allí su vida entera. Había visto a Zela recibir al Señor, cubierta con una túnica blanca, cuyo brillo asemejaba a telas de araña los blancos vestidos de sus compañeras. En su pecho brillaba un collar de oro purísimo, y pendían de él tres perlas, azul la una, verde la otra y roja la tercera. Groetchen extendió los brazos hacia el altar, y exclamó llena de júbilo:

-¿Quién ha vestido a mi hija, como el alma después de la Resurrección?...

Luego cayó con la cara en tierra, para no volverse a levantar nunca... Algunas vecinas recogieron el cuerpo inerte, y lo llevaron a su casa.

Cuando Zela salió de la iglesia, ignoraba aún la muerte de su madre: sin duda, por premisión divina, nadie se había acordado de la pobre huérfana. Un hermoso Niño estaba sentado a la puerta, sobre una piedra saliente: apoyaba su cabeza en una cruz, como descansando en ella; y su cabello, tendido a la espalda, se partía en la frente al modo de los nazarenos. [101]

Zela reconoció al mismo Niño que había visto en sueños sentado a la

sombra del manzano. Sus atavíos eran, sin embargo, muy distintos: una túnica morada remendada y vieja cubría su cuerpecito, y la cuerda de esparto que ceñía su cintura, daba vuelta a su cuello, blanco cual el de un cisne, y lo desollaba cruelmente. Zela quedó absorta al verle, y observó con extrañeza, que hombres y mujeres pasaban cerca de él y no le miraban.

El Niño fijó en Zela sus hermosos ojos llenos de lágrimas, y le preguntó dulcemente:

-¿A quién buscas, pobre Zela?

-Busco a mi madre -replicó la niña, poniéndose, sin saber por qué, de rodillas.

-Ven conmigo y la hallarás -dijo el Niño.

Y cargando sobre sus hombros la cruz en que se apoyaba, comenzó a caminar en silencio. Marchaban uno en pos de otro ambos niños, serios y tristes, llevando él su sayal de penitencia, y vistiendo ella su humilde traje de huérfana.

Poco a poco la senda se estrechaba, y agudas zarzas y espinos herían los pies descalzos de los dos caminantes. Sufría el Niño sin quejarse, y dejaba correr la sangre sin dar [102] muestras de quebranto: Zela, por el contrario, extendía sus manitas para agarrarse a las rocas del camino, y exhalaba gemidos de dolor. Volvió entonces el Niño hacia la huérfana su rostro hermosísimo, y dijo con mansedumbre infinita:

-Pon tus pies en mis pisadas, y no desfallecerás.

Zela siguió el consejo de su guía, y aunque el dolor martirizaba su cuerpo, la fortaleza no desamparaba su alma. A veces desaparecía el Niño, y Zela seguía sus huellas sangrientas, llena de congoja; mas pronto tornaba a verle ante sí, y cesaba al punto su sobresalto.

De repente se encontró perdida en un espeso bosque, cerrado por todas partes. Al pie de un roble secular, se hallaba sentado un joven de buena apariencia; tenía en la mano un libro, que leía atentamente. Una escéptica sonrisa entreabría sus labios, y veíanse en su frente ya marchita, las huellas del vicio. Un gigantesco búho graznaba de cuándo en cuándo en la copa del árbol.

El joven arrojó al fin el libro en que leía y, gesticulando desesperadamente, blasfemó de Dios. [103]

-¿Qué es la fe? -se decía- y ¿dónde podré hallarla?...

Aterrada Zela, cayó de rodillas y oró por aquel hombre. El búho graznaba aún más lúgubrementemente.

-Gocemos hoy, si hemos de morir mañana -prosiguió el joven dirigiéndose a la salida del bosque.

Arrodillada Zela en mitad del camino, le cortó el paso.

-¿Quién eres? -exclamó el impío deteniéndose ante ella. Y fijando en el pecho de la niña sus ojos asombrados, añadió:- Dame, dame, ángel de Dios, esa perla azul que llevas al cuello, y recobraré la fe que perdí en los caminos del mundo.

Atónita Zela llevó su mano al pecho, y no encontró allí perla ninguna.

-Tómala tú si quieres -dijo, sin comprender las palabras del joven.

Sintió entonces que aquel hombre sacaba de su pecho una perla, celeste como el cielo: llevola el descreído a sus labios con emoción

profunda, y cayendo de rodillas, bendijo el nombre de Dios. El búho lanzó un graznido terrible, y huyó de allí haciendo resonar sus pesadas alas.
[104]

Zela comprendió entonces la excelencia de la fe.

Entretanto una densa niebla había envuelto la comarca: Zela caminaba a tientas, buscando en el suelo las huellas sangrientas del Niño misterioso. Un triste lamento llegó a sus oídos, y despavorida la huérfana aligeró el paso en aquella dirección, porque también en aquella dirección se descubrían las huellas del Niño. Hallose a poco frente a una cabaña miserable pegada a la roca. Una niña de pocos años sollozaba amargamente, con la cabecita apoyada en el umbral de la puerta.

-¿Por qué lloras, niña? -preguntó Zela también llorando.

-Papá se ha muerto y no responde -contestó la niña sin cesar en su llanto.

Zela entró en la cabaña, y un espectáculo terrible se ofreció a su vista. Sobre un montón de paja yacía aún caliente el cadáver de un hombre: cinco niños pequeñitos lloraban en torno, y una mujer sentada a la cabecera arrimaba a sus pechos, secos por el dolor, otro niño recién nacido.

Zela notó en todas aquellas fisonomías, desfiguradas por el pesar, un destello de la belleza del Niño que la guiaba: por eso las [105] lágrimas acudieron a sus ojos, impidiéndola notar la impresión que causaba su presencia en aquella miserable estancia, donde nada disimulaba el horror de la muerte. Cesó el llanto de los niños, y la pobre viuda se arrojó a los pies de Zela, exclamando fuera de sí:

-¿Quién sois?... ¿Sois el ángel de mi marido que viene a traerme consuelos?... ¡Ah! dadme esa perla roja que brilla en vuestro pecho como una brasa ardiendo, y mis hijos tendrán pan, y mi pena tendrá alivio, y el alma de mi marido tendrá descanso eterno...

-¡Tomad, tomad mi corazón si ha de remediaros!... -exclamó Zela, presentando su pecho a la viuda.

Arrancó ésta entonces del pecho de la niña una perla, roja como un rubí, cuyos brillantes resplandores comunicaron a la cabaña un tinte de consuelo.

-¡Qué dulce es amar a Dios en los hombres! -exclamó Zela enjugando las lágrimas a los niños, y al mismo tiempo, una luz divina hacía comprender a su alma la hermosura de la caridad.

Al salir de la cabaña siguió Zela una estrecha senda, que descendía rápidamente por la ladera del monte. Un fuerte vendaval había [106] desunido la niebla, cuyos restos quedaban agarrados entre los árboles, como los jirones de un traje de gasa.

Poco a poco desaparecieron los árboles, y quedaron atrás los prados del valle y la verdura de la montaña: un inmenso desierto de arena se extendía por todas partes, yendo a perderse en el horizonte, como un mar de fuego. Un viento abrasador cortaba la respiración, y levantaba espesos remolinos de arena, bramando a intervalos como un demonio encadenado. Zela sintió que una angustia terrible oprimía su corazón, y que una sed ardiente abrasaba su garganta. A eso del mediodía descubrió a lo lejos un peñasco que se levantaba entre la arena, y una palmera que crecía a su sombra.

-¡Allí encontraré agua! -exclamó Zela, haciendo un esfuerzo supremo para llegar al peñasco. Mas era éste escarpado y sin vegetación, y hallábase la palmera seca, como la higuera maldita.

La huérfana, falta de fuerzas, cayó sobre la arena dando un gemido. Cruzó sus manitas sobre el pecho y se dispuso a morir.

-Creo en Dios, amo a Dios, espero en Dios -murmuraba dulcemente.

[107]

Un viejo de siniestro aspecto salió entonces de una caverna que ocultaba el peñasco; era su mirada torva, y veíanse en su rostro, junto a las señales de la desesperación, las huellas del crimen. Traía en la mano un dogal, y su cuello desnudo parecía dispuesto a recibirle.

-¿Quién espera en Dios, donde para mí no hay esperanza? -exclamó, revolviendo hacia todas partes sus ojos de víbora.

-¡Espero en Dios! -murmuró Zela, aún más dulcemente.

Acercose a ella el pecador desesperado, y una emoción extraña se apoderó de su ánimo. Quería llorar y no podía; quería maldecir y no se movían sus labios.

-¡Espero en Dios! -repitió Zela, en voz tan baja, que parecía un suspiro.

Un sollozo terrible se escapó al fin del pecho del viejo.

-¡Ruega por mí, ángel divino! -exclamó, cayendo de rodillas.

Zela llevó trabajosamente su mano al pecho, e indicó al viejo una hermosa perla verde, que sobre él brillaba. Tomola éste con ansia infinita, y dos arroyos de lágrimas brotaron al fin de sus ojos, mientras sus manos descarnadas golpeaban su pecho contrito. [108]

-¡Espero en Dios! -dijo Zela por última vez. Y su alma comprendió antes de morir, la dulzura de la esperanza.

Al mismo tiempo apareció ante sus ojos el Niño divino que había visto por vez primera al pie del manzano. Su túnica blanca resplandecía, como el sol en toda su fuerza, y brillaba sobre su pecho el collar de tres perlas. A su derecha Hans Wit, con una túnica blanca y un collar semejante al del Niño, tendía a Zela los brazos; a la izquierda, Groetchen, vestida del mismo modo, le hacía señas con la mano. Voces celestiales cantaban entre las nubes:

El vestido

del alma justa
es la Fe, Esperanza y Caridad.

El viejo, arrepentido, sepultó el cadáver de Zela al pie de la palmera, y un salto de agua que brotó del peñasco, mantenía frescas las violetas y azucenas que crecían juntas sobre su tumba, como juntas habían crecido en su alma la pureza y la humildad.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

